

# Las universidades en el proceso de integración de América Latina

Globalization, as a defining phenomena of the transition to a new century, has led to fragmentation, concentrating the advantages of development among a reduced percentage of the world's population. To challenge increasing poverty and marginalization, Latin America needs a project of regional integration, whose conceptual basis must be reformulated in order to increase and improve the region's access to international markets.

Latin American universities play a fundamental role in the development of this project, encouraging interdisciplinary research into this issue, creating an «integrationalist culture,» contributing to the definition of regional development policies and establishing a network of post-graduate programs dedicated to the analysis of various aspects of integration.

## 1. América Latina y los retos de la globalización

La década finisecular de los años noventa, década de transición hacia un nuevo siglo y un nuevo milenio, se caracteriza por los profundos cambios que se han dado en el escenario internacional y la aparición del fenómeno de la «globalización».

El concepto de «globalización» no se limita al aspecto puramente eco-

nómico; en realidad, es un proceso multidimensional que comprende aspectos vinculados a la economía, las finanzas, la ciencia y la tecnología, las comunicaciones, la educación, la cultura, la política, etc. Es el resultado de la creciente interacción e interdependencia que se generan entre las distintas unidades constituti-

vas del llamado: «sistema global». Abarca las actividades y sus efectos de países, regiones, empresas transnacionales, organismos internacionales gubernamentales y no gubernamentales, grupos de presión y movimientos sociales.

El proceso de globalización obliga a modificar el paradigma de las relaciones internacionales previamente vigente, que confería a los Estados-naciones el carácter de actores principales y predominantes del sistema. Estos pasan ahora a constituir sólo una parte de un sistema mayor: el sistema global.

El proceso de globalización no está generando un incremento uniforme de progreso y desarrollo en todas las regiones del mundo. Más bien se observa una *globalización fragmentada o segmentada*, que concentra las ventajas del desarrollo en un sector relativamente reducido de la población mundial y crea profundas brechas de desigualdad, en términos de calidad de vida y acceso a los bienes económicos y culturales, entre los distintos componentes de las sociedades nacionales, tanto en los países industrializados (intranorte), como en los países subdesarrollados (intrasur) y entre ambos grupos de países (Norte-Sur).

Cuatro polos económicos principales se observan en el sistema global: el constituido por la Unión Europea; el que encabeza el Japón,

donde se da el fenómeno de las economías dinámicas de los llamados «Tigres» y «Dragones» del Sudeste asiático; el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN o NAFTA) con los Estados Unidos como nervio motor; y el que representa, por sí misma, la República Popular de China, que recientemente ha introducido elementos de la economía de mercado, sin renunciar al sistema socialista de economía centralmente planificada.

Frente a los procesos de globalización y de conformación de los grandes bloques económicos, los Estados necesitan enfoques para fortalecer su capacidad de negociación, fomentar su competitividad y mejorar su inserción en la economía internacional. Por el momento América Latina, como región —salvo México— no forma parte de ninguno de los bloques económicos antes aludidos (aunque es un hecho real que los Estados Unidos es el mercado más importante para América Latina, ya que absorbe más del 40% de las exportaciones de la región).

Por otra parte, la situación relativa de América Latina en la economía mundial se ha deteriorado en los últimos años, como lo constatan los datos siguientes:

— La participación de América Latina en las exportaciones mundiales

ha descendido significativamente. Según cifras de la UNCTAD, en 1959 América Latina exportaba un 11% del total mundial; en 1970 bajó al 4.8% y en 1990 representó tan solo el 3.6% (y de este porcentaje, un 1% corresponde al petróleo). En contraste, los llamados «países de reciente industrialización» del Sudeste asiático han incrementado su participación a un 8% del total mundial;

— En 1992 la región transfirió, por concepto de servicio de la deuda externa, nada menos que 30.000 millones de dólares. Entre 1982 y 1990 los países de la región transfirieron al exterior U\$230 mil millones de dólares, equivalentes a 200 por ciento del valor de sus exportaciones;

— Los precios internacionales de los principales productos de exportación de América Latina sufrieron un considerable deterioro entre 1981 y 1992: el café disminuyó en más de 60%; el azúcar en 67%; la carne de vacuno en 12%; el algodón en 33%; el cacao en 57%;

— Si relacionamos los precios de lo que se importa con el valor de lo que se exporta, entre 1981 y 1992 América Latina sufrió una pérdida, en términos de intercambio comercial, del orden del 28%. Es decir, que con la misma cantidad de productos de ex-

portación podemos hoy día comprar un 28% menos de productos industrializados.

En consecuencia, podemos afirmar, que en las últimas décadas América Latina, como región, se ha hecho más pobre y marginal, a excepción de los reducidos sectores privilegiados de las clases altas urbanas de las grandes ciudades vinculadas a la economía internacional del mercado, que representan verdaderos «islotos de modernidad en océanos de pobreza».

Existe el peligro real que América Latina quede marginada de los circuitos dominantes del comercio, las inversiones, los flujos financieros y los procesos tecnológicos. Hoy, por cierto, somos más marginales en los procesos tecnológicos que hace diez años. Cabe, entonces, preguntarse: ¿Estamos ante un proceso de «africanización» de América Latina y ante el paso de una situación de «dependencia» a otra de «prescindencia»? Frente a esta realidad, América Latina tiene que diseñar una estrategia de desarrollo que se proponga la reinserción más favorable de nuestra región en tales circuitos, teniendo presente que en una era de conformación de grandes espacios económicos no hay «salvaciones individuales», ni siquiera para los países grandes.

Se impone, entonces, reinventar y relanzar los procesos de integración, si es que queremos tener algún peso en el nuevo escenario interna-

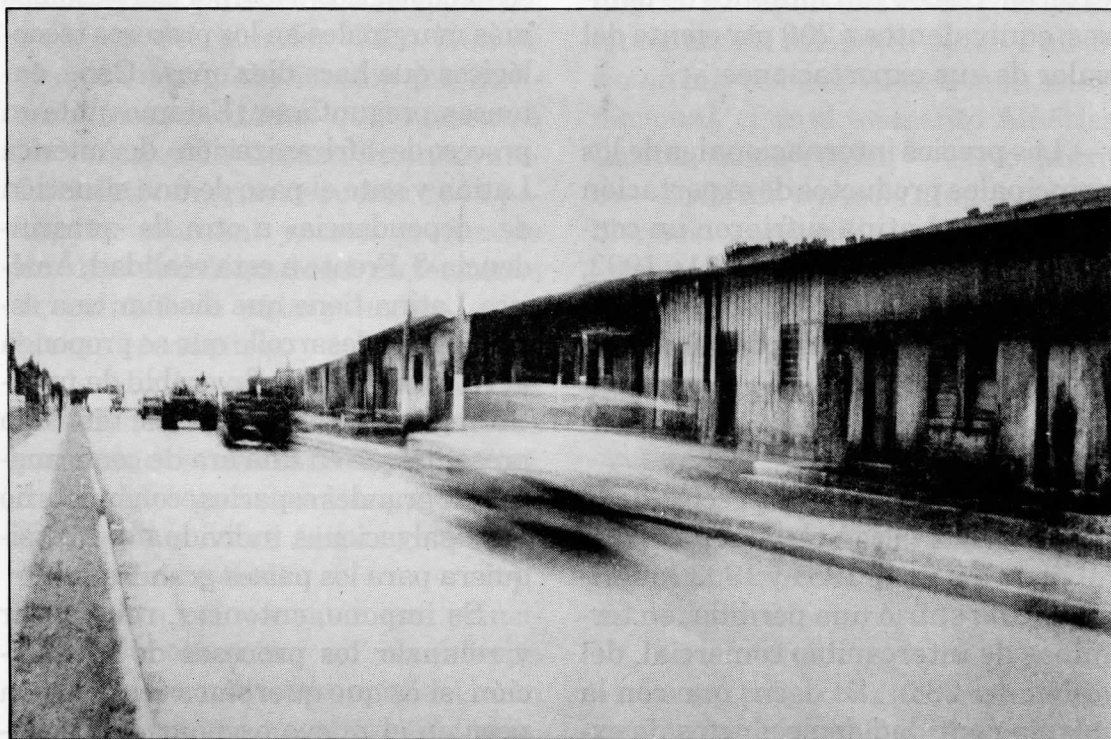
cional. América Latina necesita elaborar una respuesta lúcida a los procesos de constitución de grandes unidades macroeconómicas que adelantan los países industrializados. No es posible que mientras en el Norte se aceleran estos procesos, en el Sur sigamos en el aislamiento y la fragmentación.

## **2. Un nuevo reto para la integración latinoamericana**

El proceso de integración de los años 60 y 70 fue una proyección del modelo de «desarrollo hacia adentro». Por lo mismo, se inspiró en el

esquema sectorial-industrial de sustitución de importaciones. Sus instrumentos claves fueron los aranceles proteccionistas y los incentivos fiscales al desarrollo industrial, a fin de abastecer una demanda interna expandida por la existencia de un mercado subregional o regional. Más de veinte años después, la propia CEPAL reconoció que no se cumplieron las expectativas cifradas en este proceso, ni siquiera como instrumento de industrialización.

Varios factores contribuyeron al descrédito del esquema integrador de los años 60 y 70. No sólo se debió a la quiebra del modelo de «desarro-



llo hacia adentro»; en realidad, pienso que no existió suficiente *voluntad política integradora* de parte de los gobiernos. Esto produjo una apreciable distancia entre el discurso integracionista y las medidas liberalizadoras efectivas. Algunos politólogos no vacilan en señalar que en América Latina, pese a los ilustres antecedentes bolivarianos, «la integración no ha sido aún asimilada como un valor cultural de amplio consenso que sea capaz de incidir como variable positiva en el sistema político de los respectivos países». Otra limitante provino de la ausencia de auténticos *proyectos nacionales*, susceptibles de generar las capacidades para negociar la integración hacia el exterior. Es evidente que la integración regional requiere, como paso previo, la integración interna de los países. El *proyecto latinoamericano* demanda la existencia de un *proyecto de país*, que lo integre cultural y socialmente.

Ante el nuevo contexto internacional que antes hemos descrito, América Latina necesita revisar su concepción de la integración regional. Los esquemas que pudieron tener validez en las décadas de los años sesenta y setenta no serían ahora apropiados. Tales esquemas eran demasiado ambiciosos en cuanto a su globalidad o totalidad y, además, defensivos y cerrados. «Conforme a

*la nueva óptica*, señala Enrique Iglesias, *se piensa que el papel de la cooperación regional no es cerrar las economías de un determinado grupo de países, sino todo lo contrario, se trata de incrementar su competitividad externa a través de la cooperación productiva, comercial y financiera y mejorar y aumentar su acceso a los mercados internacionales».*

También la CEPAL ha modificado substancialmente su concepción de la integración latinoamericana, antes muy ligada al modelo cepalino de «desarrollo hacia adentro» y a la idea de la globalidad. En la actualidad, la CEPAL promueve dos conceptos claves en cuanto a la integración. El primero de ellos es que, sin dejar de lado la aspiración a una integración global latinoamericana, conviene estimular los procesos subregionales en marcha (MERCOSUR, Sistema de Integración Centroamericana (SICA), Grupo de los Tres (G-3), Pacto Andino Renovado, CARICOM) y propiciar su *convergencia*. Los procesos subregionales no se consideran contrapuestos a la concepción global. A esta estrategia se le ha dado en llamar «*integración pragmática*». El segundo concepto clave es el que emergió durante el último período de sesiones de la CEPAL, y se denomina el «*regionalismo abierto*», o «*integración abierta*», en virtud del cual la región latinoamericana

mericana, simultáneamente, debe promover su integración y abrirse a los mercados internacionales.

Por cierto que estos conceptos fueron acogidos en la última Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno (Cartagena de Indias, Colombia, 14 y 15 de junio de 1994). En efecto, en el Acta Final de la Cumbre, los gobernantes sostienen que consideran fundamental *«reforzar las relaciones económicas y comerciales iberoamericanas, profundizar los diversos procesos de integración regional, propiciar su convergencia y ampliar los mercados mediante la liberalización comercial hemisférica»*. El Acta acogió el concepto de regionalismo abierto entendido como *«el propósito de lograr una plena conciliación entre la profundización del proceso de apertura externa y los compromisos derivados de la integración regional. El objetivo final de este proceso de integración debe ser la convergencia de los diferentes esquemas de integración. El regionalismo y el multilateralismo deben ser complementarios y no excluyentes»*. Del Acta se desprende que los jefes de Estado y de Gobierno no consideran irreconciliables la integración regional de América Latina y la idea más amplia de una «integración hemisférica», vía asociación o incorporación al Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte

(ALCAN). El Presidente de Colombia, César Gaviria, al inaugurar la IV Cumbre Iberoamericana lo hizo con una invitación a crear *«una gran zona de libre comercio en América, que una al continente desde Alaska hasta la Patagonia»*.

### **3. Las universidades en el proceso de integración de América Latina**

El tema de la integración latinoamericana no ha estado ausente de las preocupaciones de nuestras Universidades. Incluso, en 1967, al presentar su ponencia ante la V Asamblea General de la UDUAL, el entonces Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, Luis Alberto Sánchez, dijo que *«uno de los temas más socorridos con respecto a la integración americana es el que se refiere al papel que en ella tiene la Universidad»*.

El papel de las Universidades en los procesos de integración tiene que tener presente la nueva realidad mundial y las características de la globalización a que nos referimos antes. Las tareas que las Universidades y demás instituciones de Educación Superior de la región deberían asumir, como parte de lo que podríamos llamar una *«Agenda Latinoamericana»* son, entre otras, las siguientes:

— En primer lugar, las Universidades deben plantearse el tema de la integración de América Latina como uno de sus grandes temas de investigación interdisciplinaria, en el contexto de una reflexión más amplia sobre lo que debería ser un *Proyecto Latinoamericano de Desarrollo Humano y Sostenible*.

— Corresponde a las Universidades, en esta nueva etapa del proceso integracionista, contribuir a esclarecer el papel de América Latina y el Caribe en el presente escenario mundial y su inserción, en los términos más favorables para nuestros pueblos, en la economía, caracterizada por la competitividad y el rol determinante del progreso tecnológico. En el Seminario-Taller sobre «Integración y Desarrollo Alternativo en América Latina», que tuvo lugar en Lima (26 de febrero de 1992), bajo los auspicios del llamado «*Foro de São Paulo*», se llegó a la conclusión de que es necesario elaborar un proyecto alternativo de integración, «*que debe ir más allá del marco meramente comercial y tener como objetivo, de largo plazo, una función social, política y económica, y una articulación dinámica de la diversidad de culturas hacia una identidad cultural común y hacia un desarrollo económico y social justo y ambientalmente sustentable*». A su vez, el Segundo

Foro «Visión Iberoamericana 2000», antes aludido, abogó por una concepción amplia del proceso de integración, que desborde la dimensión puramente económica y comercial: «*La integración, dijo el Foro, más que una simple sumatoria de mercados, debería ser un verdadero proyecto político latinoamericano, de profunda raíz democrática, que promueva la solidaridad entre nuestros pueblos, se asiente sobre sus propios valores y reconozca la realidad de su contexto pluriétnico y pluricultural*».

— Tarea importante de nuestras Universidades será crear una «*conciencia integracionista*» en nuestras sociedades, ligada a una «*cultura integracionista*». Será preciso promover, en todos los sectores sociales, el concepto de «*Nación-continente*», único que nos permitirá asumir el rol de verdaderos *interlocutores*, en un mundo cada vez más caracterizado por reservar la toma de decisiones únicamente a los grandes bloques económicos.

— Asumir el estudio de la integración latinoamericana en sus aspectos económicos, sociales, culturales, ecológicos, políticos, etc., como tarea universitaria, compromete todo el quehacer de nuestras Casas de Estudios Superiores: su docencia, su labor investigativa y su proyección so-

cial. El tratamiento *interdisciplinario* de estos temas demanda de nuestras Universidades nuevas formas de trabajo académico. El estudio de la integración necesariamente parte del conocimiento de nuestra historia y de nuestra realidad presente. Por lo tanto, las Universidades deberían enfatizar el estudio de nuestro pasado, de los factores que nos separan o son causa de fricciones entre nuestros países, y elaborar, en conjunto, una Historia de *América Latina* que analice ese pasado como etapas de un largo proceso de integración y desintegración, hasta llegar al momento presente en que la integración se vuelve ineludible. Tal empresa no reduciría los desenvolvimientos políticos, sino que debería comprender la historia de la ideas, de la cultura, de la educación, de la literatura, etc.

— Las Universidades deberían contribuir a elaborar un pensamiento integracionista para el momento actual, que contribuya a dar respuestas lúcidas a preguntas urgentes como las siguientes: ¿Cómo lograr la convergencia de los actuales procesos subregionales de integración, en la perspectiva de una integración regional? ¿Cuál debe ser la posición de América Latina frente al Tratado de Libre Comercio de América del Norte y las propuestas de «regionalismo

abierto» e integración hemisférica»? ¿Cómo debe relacionarse América Latina con la Unión Europea y el bloque encabezado por Japón? ¿No es más conveniente para la región entender el «regionalismo abierto» como la posibilidad de relacionarse con los tres grandes bloques económicos, sin dejarse absorber por uno de ellos, en una «integración subordinada» o dependiente? ¿No es mejor propiciar una opción estratégica de diversificación en las relaciones internacionales o, al menos, de «diversificación de las dependencias»? ¿Cuál es la experiencia, sobre todo en términos de reformas educativas y universitarias y de apropiación de tecnologías, que América Latina podría extraer de la experiencia del llamado «milagro de Asia Oriental»? ¿Cuáles son los costos de la no-integración?, etc. Deben tenerse presente datos como los siguientes: En las exportaciones de América Latina (1990) el 44% va a los Estados Unidos; el 23% a Europa; 9% al Japón y Sudeste asiático y 12% es intrarregional.

— Complemento de lo anterior sería el reto de emprender los estudios prospectivos que nos permitan vislumbrar lo que será nuestro futuro. La elaboración de los futuros escenarios posibles para nuestra región es una tarea donde el oficio universita-



rio encontraría un amplio campo de ejercicio.

— No podrían faltar en esta *Agenda Latinoamericana*, las contribuciones de las Universidades a la definición de políticas regionales y subregionales de desarrollo cultural, educativo, científico y tecnológico. Una mayor competitividad internacional implica la incorporación deliberada y sistemática del progreso tecnológico al proceso productivo y la formación de recursos humanos de alto nivel. Pero, no hay capacidad tecnológica sin desarrollo científico. Y no hay desarrollo científico sin educación científica, en todos sus niveles, de la más alta calidad.

— Otra recomendación que ha surgido de los numerosos foros que se han ocupado del tema es la que se refiere al establecimiento de una red de estudios de postgrado dedicados al análisis de diferentes aspectos relacionados con la integración. De esta manera, cada curso podría especializarse o poner énfasis en el estudio de determinado aspecto y mantener, a la vez, una fluida comunicación con los otros cursos que hacen parte de la red. (Cursos de postgrado especializado en temas como los siguientes: marco jurídico de la integración; derecho laboral y prestaciones sociales en la integración; papel

de la inversiones extranjeras y de las multinacionales; los procesos de transnacionalización; el rol de la ciencia y la tecnología, con especial referencia a las políticas de cambio tecnológico; nuevas tecnologías y transferencia de tecnologías; las políticas de comunicación; la informática, la deuda externa, etc...)

Cuando fue derribado el muro de Berlín, algunos intelectuales europeos se apresuraron a decir que el siglo XXI ya estaba con nosotros. Si bien creemos que Ernesto Sábato es más acertado cuando nos dice que los siglos no terminan ni se inician para todos los pueblos al mismo tiempo, al son de un silbato único, lo cierto es que nuevos muros mentales, raciales y económicos siguen dividiendo a las naciones y a los pueblos. No menos real que el muro de Berlín es el muro que aún separa el Norte rico del Sur empobrecido. Quizás el siglo XXI realmente comenzará para la humanidad cuando ese muro caiga. Creemos que la integración será uno de los arietes más poderosos para derribarlo, siempre que la diseñemos como la vislumbran no sólo nuestros economistas sino también nuestros filósofos y nuestros poetas, pues la integración debe también revalorizar nuestros mitos y nuestros sueños para que no renunciemos a la utopía. □